

—Me parece mentira: yo que la veo siempre educando á sus niñas y en oracion con ellas.....

—Ya sabe vd., mi alma, que donde me nos se piensa....

—Tiene vd. razon.

—Yo no quiero decir con esto que le haya recibido con mal fin; no, ¡Dios me libre! no me gusta pensar mal de nadie, pues soy todo una señora; pero ya vd. ve, mi alma, las precauciones de él, la hora, la reserva de ella, el cuidado para no ser vista.... y aunque Elisa sea una santa, como el doctor es tan temerario.... ¿quién responde, como decia mi brigadier que en paz descansa, de un *lapsus lingue*?

—Tiene vd. razon; para mí, hay algo de amores.

—Y para mí tambien, mi alma.

¿Y acertaban aquellas dos mujeres?

¿Era en efecto Elisa delincuente?

No aventuremos nuestra opinion: sigamos el hilo de los acontecimientos sin defender ni condenar.

## CAPITULO X.

### La Cita.

Elisa pasó un dia de inquietud, de temor y de zozobra difícil de describir.

No habia comido casi nada, y sin embargo, no tenia hambre: y es que cuando el espíritu está ocupado con una idea que opri-me el alma, la materia pierde su sensibilidad y se espiritualiza por decirlo así.

Pocos momentos antes habia anhelado tomar algun alimento para fortalecer su debilitada naturaleza; pero desde el instante en que el doctor le exigió le esperase, amenazándole de lo contrario con poner en manos de su esposo el misterioso papel que le habia enseñado, su apetito desapareció

como al encanto de una voz mágica, y el pensamiento dominó á la necesidad.

En vano sus tiernas criaturas le suplicaban que tomase algo; su paladar habia perdido el gusto; su garganta estaba cerrada por el nudo del dolor, oprimido su corazon con el sobresalto y la inquietud.

¡Cuántas veces, en la lucha interna que sostenia, habia resuelto no recibirle! Pero inmediatamente la memoria del papel con que se le habia amenazado, vencia su primer pensamiento y supeditaba su corazon haciéndole estremecer!

—¡Es preciso recibirle!—decia para sí en aquel combate de encontrados sentimientos que la ocupaban.—¡Sí! es preciso recibirle para no desgarrar el pecho de ese desdichado que descansa en el lecho del dolor. ¡Dios es justo....! apuremos hasta las heces el cáliz de la penitencia....!

Y quedaba sumergida en profundas meditaciones, acompañadas de abundantes lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

En situacion tan penosa y sin poder alejar ni por un momento las tristes ideas que

cruzaban por su exaltada mente, volaron, martirizándola sin cesar, las horas del dia, y apareció en el cielo el astro misterioso de la noche velando la creacion y penetrando un rayo de su tibia luz por la ventana que daba al cuarto del enfermo.

Al ocultar su magestuoso disco el moribundo sol entre las flotantes nubes de occidente, el corazon de Elisa se oprimió dentro del pecho como bajo una enorme plancha de hierro: su pensamiento se avivó mas y mas como el del condenado á muerte, al ver que se aproxima la terrible hora señalada para conducirle al patíbulo.

Pero esta afliccion reconocia un origen noble ó criminal? ¿era para ella el doctor un verdugo ó un amante? ¿la inquietud de su corazon nacia de temor de que su esposo advirtiera la llegada del hombre que esperaba, ó de la presencia misma de éste? Ella estaba triste, sobresaltada, llorosa, es verdad, como cuando estamos amenazados de un mal que no podemos conjurar: pero en esa misma situacion penosa suelen tambien encontrarse los que esperan al objeto

amado en un punto donde pueden ser sorprendidos.

Entretanto el reloj de la Profesa y de Catedral marcaban el tiempo, que corría velozmente.

Elisa llamó á sus hijas y se pusieron á rezar.

Aquella mujer oraba con un fervor edificante: en medio de sus dos criaturas, bañados sus melancólicos semblantes por el nevado fulgor de la redonda luna, con los ojos elevados y fijos en una sagrada imagen de la Madre de Dios, en la sublime representación de la Soledad, parecia un sér espiritual sosteniendo á dos ángeles que suspiraban por volver á la patria de los justos.

La oracion fué corta, pero ferviente.

—Tengo sueño, mamá:—dijo una de las niñas, poco despues de haber concluido el rezo:—¿nos permites que nos acostemos?

—Sí, hijas mías, ya es hora.

Y Elisa sacó un colchon que estaba enrollado en un petate debajo de la cama del enfermo, y lo tendió en el suelo: colocó luego unas sábanas; pidieron ambas cria-

turas la mano para besársela; las bendijo, les dió las buenas noches imprimiendo en sus serenas frentes un ósculo maternal, y á poco se quedaron entregadas á un profundo sueño, dejando ver en sus angélicos rostros, animados por algun infantil ensueño, la inocencia y el candor de sus almas sin manchilla.

Elisa las miraba sentada en la orilla del colchon con el placer con que mira una amorosa madre descansar á los queridos hijos de su corazon.

De repente se estremeció.

—¡Las nueve y media....!—dijo asustada, mirando hácia todas partes.—¡Oh!.... esta es la hora.... ¡ya no debe tardar!.... Si por desgracia despertase mi esposo....

Y dirigió su vista hácia el lecho.

Pero el enfermo dormia profundamente.

En aquel momento oyó que le llamaban en voz baja por el agujero de la llave de la puerta que daba al corredor.

—¡Dios mio.... es él....!

Y se levantó asustada: volvió á mirar si

Diego dormía; salió del cuarto andando sobre las puntas de los pies para no hacer ruido: se dirigió á la puerta del corredor, la abrió con sigilo; llevó el dedo índice á los labios en señal de silencio al entrar el doctor, y le condujo temblando á la otra pieza de la casa, en donde ardía débilmente una moribunda lámpara.

—¿No ha visto á vd. entrar ninguno?

Le preguntó Elisa en voz baja y con acento trémulo al verse allí solos.

—Ninguno.

—¿Está vd. seguro de ello?

—Segurísimo.

—¿Ni la vecina Doña Anita?

—Ni esa.

—¡Temo tanto á su lengua!

—No tenga vd. cuidado: he subido con toda precaucion, y nadie me ha visto.

—¡Dios lo quiera!

—Amo á vd. demasiado para que cometiera una indiscrecion.

—Y sin embargo, incurre vd. en ella cuando solicita verme bajo el mismo te-

cho en que descansan mis hijos y mi esposo.

—Resuélvase vd. á señalarme otro sitio donde pueda tener la dicha de verla, y obedeceré á vd.

—No espere vd. eso nunca de mí, señor Willey.

—Por eso me veo precisado á suplicarla á vd. que me reciba en su casa.

—A suplicarme, es falso; á exigirme, es cierto.

—El rigor de vd. y su indiferencia me obligaron esta mañana, bien á pesar mio, á tomar esta resolucion extrema que repugnaba á mi corazon, pero tenia necesidad de ver á vd., como tienen las plantas de sentir el fecundante calor del astro principal que les da vida.

—Tenga vd. piedad, yo se lo suplico, del desgraciado enfermo que yace esperando mis cuidados.

—¿Y de mí quién la tiene? Elisa; él recobra la salud y la tranquilidad, cuando yo la pierdo por vd. que me desprecia, cuando yo la adoro; él vuelve á sentir las cari-

cias de vd., cuando yo alcanzo sus desprecios y su indiferencia.... ¡Ah!.... es preciso que vd., así como yo he curado la herida de su cuerpo, cure vd. la profunda herida de mi corazón.

—Señor Willey—dijo Elisa con aire suplicante;—olvide vd. ese amor que hace á vd. desgraciado.

—Le olvidaré cuando la tierra deje de dar flores; cuando el sol desaparezca del sistema planetario, y deje mi corazón de latir. Pero en tanto que el sol exista, el campo se vista de fragantes rosas y mi corazón aliente, yo no sabré mas que amar á vd., Elisa; yo no sabré mas que pensar en vd.; seguirla á todas partes, como sigue al cuerpo la sombra, y adorarla como se adora á un sér celestial.

—¡Ah!....! ese amor solo me proporciona disgustos y sinsabores....!

—Usted no ha querido que produjese caricias y deleites.

—¡Caricias y deleites....!

Contestó Elisa con marcada amargura.

—Sí, caricias y deleites. El amor abre las puertas de la felicidad.

—O del infierno.

Dijo la esposa de Diego horrorizada.

—Yo le invito á vd. á pasar por las primeras.

—Y yo no quiero exponerme á tropezar con las segundas.

—¿Vuelve vd. á atrincherarse en sus preocupaciones?

—A estas preocupaciones, señor Willey, llamo yo virtud.

—¿Quiere vd. hacerme renunciar á la esperanza?

—Seria vd. para mí el mas bueno de los hombres si renunciase vd. á mi cariño.

—¿Tanto me aborrece vd?

—Yo no aborrezco á nadie; pero amo mis deberes.

—¿Y cumple su esposo de vd. con los suyos, cuando entregado al juego le deja á vd. abandonada, expuesta á morir de hambre con sus hijas!

—Señor doctor—contestó Elisa con re-

signacion—la mujer no tiene derecho á calificar la conducta de su esposo.

—Pero cuando hablan los hechos....

—Nunca las acciones vituperables de otro podrán justificar las de uno propio.

—¿Y si su abandono reconociese por origen, además del juego, una pasión criminal?

Dijo el doctor queriendo despertar los zelos como medio seguro para exaltarla y vencer sus escrúpulos.

—La infidelidad del hombre no echa mancha ninguna sobre la mujer, mientras el perjurio de la esposa mata la honra de sus hijos, de su esposo y de ella misma.

—¿Y siempre ha tenido vd. presente esa doctrina?

Contestó el doctor fijando sus ojos con cierto aire descarado de incredulidad en su interlocutora que palideció.

—¿Con qué derecho—dijo Elisa repeniéndose de su sorpresa—se atreve vd. á hacerme esa pregunta ofensiva?

—Preguntarle si siempre ha tenido vd. presente una máxima—repuso Willey volviendo á mirarla con igual desenfado—no

es asegurar que la haya vd. olvidado, y por lo mismo no existe ofensa ninguna en la pregunta.

—Señor Willey—dijo Elisa deseando dar fin á aquella entrevista que la inquietaba—me exigió vd. que le esperase esta noche porque deseaba verme y hablarme; pues bien, creo que no tendrá vd. motivo para quejarse de que no le he obedecido: le he dado á vd. una audiencia mas larga que lo que permite la prudencia, y espero que tendrá vd. la bondad de disimularme le suplique se retire antes de que despierte mi esposo ó alguna de mis hijas.

—Es que yo he venido á conseguir un objeto.

—¿Cuál?

—Su amor.

—No me pertenece á mí para que pueda disponer de él.

—¿Pues á quién?

—A mi esposo y á mis hijos.

—Es decir que trata vd. de quitarme toda esperanza?

—Toda.

—Pues no lo conseguirá vd., Elisa;—exclamó el doctor exaltado con las repulsas de la mujer que amaba:—No, no lo conseguirá vd.: he jurado que será vd. mía, y lo será.

—Pues yo hago el juramento contrario, y lo cumpliré.

Contestó Elisa con firmeza y aplomo.

—¿Ignora vd. que soy dueño de este papel?

Repuso Willey sacando del bolsillo una carta.

—¡Ah.....!

Exclamó aterrada la esposa de Diego.

—¿Y que puedo enseñársela á su confiado esposo?

—Seria matarle.

—Pues la verá.

—¡Por piedad!

Dijo cayendo de rodillas Elisa, juntando sus manos como un pecador arrepentido, y poniéndose delante del médico que pretendia dirigirse al cuarto de Diego.

—Bien; contestó Willey deteniéndose;—

tendré piedad de vd., pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que corresponda vd. á mi amor; que no me arroje vd. de su lado: que alcance sus caricias.

—Exija vd. otra cosa que no repugne á mi honor.

—Esa solamente.

—¡Oh!.... no quiera vd. mi muerte!....

—Digo que esa, ó de lo contrario entro.

Elisa, que hasta entonces habia permanecido á los piés de aquel hombre inexorable manifestando en su rostro el espanto y el temor, se levantó de repente con dignidad, recobraron sus facciones su habitual serenidad; desapareció de sus ojos el llanto que los velaba, y tomando un ademán resuelto, y tendiendo con nobleza el brazo, y señalando la alcoba de su esposo, contestó:

—Entre vd., ya no le detengo.

El doctor quedó á su vez petrificado ante la inesperada resolucion de Elisa.

—Puede vd. entrar:—repitió ésta;—ese

papel tendrá fuerza para hacer que yo le escuche, pero no para que me envilezca.

Willey leyó lo que pasaba en el corazón de aquella mujer, y conoció que estaba resuelta á sufrir todas las consecuencias que le originase el papel que aun tenia en la mano.

Entregarlo, pues, hubiera sido despojar se de una arma poderosa con que podia herir en lo sucesivo, y aun alcanzar tal vez el fin que anhelaba con toda el alma.

Vió que no era aquella la ocasion oportuna para triunfar, pero no desesperó de que se presentaria otra mas favorable para dar cima á su deseo.

Conoció que habia estado demasiado exigente, y que el corazón de la mujer no se gana por la violencia ni las amenazas, sino por la dulzura y la generosidad, cuando ésta se puede ejercer renunciando á cualquier prenda que pueda comprometerla y perjudicarla.

Halagado por este pensamiento lo abrazó en el acto.

Creyó que era mas prudente esperar, y se propuso esperar.

Una vez tomada esta resolucion como la mas prudente, dió á su fisonomía toda la dulzura que le fué posible, desarrugó el entrecejo, guardó en el bolsillo la carta, y dijo con acento blando.

—Quien ama como yo amo, nunca podrá resolverse á labrar la desgracia de la mujer que adora, por mas que ésta le desprecie y pisotee su corazón. Si en un arrebato de zelos y de exasperacion pude amenazarla á vd. con la presentacion de una carta que comprometiese su dicha, desde ahora renuncio á las ventajas que pudiera proporcionarme ese documento. Conozco que he obrado con imprudencia, pero merece disculpa mi incalificable proceder, porque reconoce por origen la exaltacion de los zelos, nacida del inmenso amor que profeso á vd. Espero, pues, me perdonará vd. mi ofensiva amenaza, y que no condenará vd. á sufrir su justo resentimiento á quien moriria de pena si no llevase su perdon.

—Si antes me juzgué ofendida, ahora me



considero deudora de una accion que le enaltece á vd. á mis ojos.

Wiley concibió una esperanza para lo futuro.

—Es vd. un ángel de hermosura y de bondad.

El doctor iba á seguir expresando su reconocimiento, cuando se escuchó el ruido de pasos de alguno que se acercaba lentamente, como si temiese ser sentido.

—¿No oye vd?....

Dijo Wiley aplicando el oído hácia el sitio por donde parecia que se acercaba alguno, y pintándose en su rostro el temor y la inquietud.

—¡Sí!.... estoy perdida!....!—exclamó Elisa poniéndose pálida como un difunto.— Son los pasos de mi esposo.... ha despertado, nos ha oído hablar sin duda, y se dirige hácia aquí.

—¿Y qué hacer?....

Dijo el doctor sobresaltado.

—¡Huya vd., huya vd. por Dios antes de que le vea!

Wiley iba á obedecer, cuando se presentó en la puerta Diego envuelto en una de las sábanas de la cama, descalzo, armado de una pistola que siempre conservaba junto á su lecho, y fijando en ellos sus brillantes ojos.

Elisa, al verle, sintió helársele la sangre, y cayó al suelo sin sentido.

El esposo avanzó lentamente hácia ella, siempre con la pistola en la mano, que entonces preparó.

El doctor logró entonces quedar á su espalda, y aprovechando aquella coyuntura favorable, salió corriendo de la pieza, abrió con mano temblorosa la puerta del corredor, y logró ponerse en la calle, al mismo tiempo que se oyó la detonacion de una arma de fuego dentro de la casa que acababa de abandonar.